Teatro, tiempo >CIBERESPACIO

[Ignacio Amestoy]

De la misma forma que el Renacimiento supuso una ruptura con los usos y costumbres sociales y culturales que la Edad Media había mantenido férreamente inalterados durante un milenio, la Posmodernidad nos está obligando a una quiebra con ese inmediato pasado nuestro que, consolidado a finales del siglo XV, ha logrado mantenerse en pie quinientos años.

Si la ciudad y el tipo móvil pusieron entonces en marcha renovadas maneras de vivir y de pensar, ahora, la desintegración progresista de la ciudad renacentista que hacía libres a los hombres y la revolución de las telecomunicaciones, representan conjuntamente un cambio que, dejando a un lado otras aportaciones de la ciencia en terrenos como la biología en general y la genética en particular, van a diseñarnos unas coordenadas existenciales insospechadas para el ser humano.

Frente a esta realidad mutante que ya vivimos, y ante la que no cabe esconder la cabeza debajo del ala, las gentes de la escena debemos preguntarnos sobre la manera en que va a poder subsistir un arte milenario como el teatro en la nueva era de la globalización. Una pregunta que ha de ser contestada teniendo como referencia, por una

parte, un pasado de mil quinientos años en que el hecho teatral ha estado muy presente, y, por otra, una prospectiva que sea capaz de entrever las posibilidades de pervivencia del arte dramático en el marco de relaciones sociales y comunicativas que se impone.

Cuestión previa, y nada baladí, con respecto a nuestro análisis, tanto si miramos hacia atrás como hacia delante, sería la de determinar la especificidad del hecho escénico en cuanto al tiempo y al espacio en que puede tener lugar; es decir, los límites de su temporalidad y su espacialidad.

Aunque uno de los mayores retos de la dramaturgia actual —y no sin influencias de los lenguajes consustanciales a otros géneros, otras artes y otros medios de comunicación— sea el del análisis de los desarrollos temporales y su experimentación, resulta incuestionable que en el hecho escénico existe un tiempo tan insoslayable como constante; el suyo propio, el tiempo de la representación. Es ésta la contemporaneidad consustancial al hecho escénico, de la que ni receptores ni emisores pueden escapar. Una contemporaneidad que podrá estar más o menos comprometida con su realidad —con su tiempo—, lo cual dependerá de la concepción del universo que tengan los participantes en el hecho escénico.

Otro es el problema con el espacio. Las nuevas tecnologías no van a permitir "fragmentar espacialmente el hecho escénico", dentro de una misma temporalidad. La emisión del hecho escénico, gracias al desarrollo de las telecomunicaciones, va a poder hacerse, simultáneamente, desde diferentes espacios, lo mismo que nada impedirá que la recepción pueda efectuarse desde las más diversas localizaciones. Lógicamente, estamos hablando de las posibilidades que va a ofrecer Internet con la implantación del cable y la banda ancha, y la consecuente generalización de la fórmula de *WebTV* (Internet a través del televisor).

No nos escandalicemos y reflexionemos sobre el fenómeno. Decíamos antes que podíamos contemplar la problemática mirando al pasado y mirando al futuro. Si volvemos la vista atrás, y observamos la funcionalidad del escenario desde Grecia hasta hoy, nos encontraremos con una realidad incontrovertible: el espacio escénico ha sufrido constantes modificaciones a lo largo de la historia del teatro. Admitir este presupuesto es algo fundamental para

nuestro razonamiento puesto que esas alteraciones que históricamente se han ido produciendo de manera incansable han determinado muy diferentes ubicaciones tanto del receptor como del emisor en los planteamientos y las plasmaciones del hecho escénico. El teatro griego de Epidauro, el romano de Mérida, el interior o el exterior de un templo, la plaza de una ciudad medieval, el Olímpico de Vicenza, los corrales madrileños del Príncipe o de la Cruz, El Globo o La Fortuna del Londres isabelino y luego el Drury Lane, los jardines de Versalles o el Petit-Bourbon de París, Weima, los *show-boat* americanos, el Teatro de Arte moscovita, el Berliner Ensemble de Brecht, el pequeño Huchette de *La cantante calva* y *La lección,* un palacio de deportes con el *Orlando furioso* de Ronconi, una funeraria con La Fura dels Baus, o un estadio con Els Comediants, todos estos espacios, han sido testigos de la diferente disposición de receptores y emisores en la comunicación teatral. Mientras, el tiempo de la representación, en las formas ritualizadas de un Esquilo o en las plasmaciones miméticas de un Albee, ha permanecido inalterable en sus dos, tres o cuatro horas de duración. Lope de Vega nos lo subrayó, con gracia, y fijando la perspectiva desde el receptor hispano: "…la cólera/de un español sentado no se templa/si no le representan en dos horas/hasta el final juicioso desde el Génesis…".

Si, a través de las nuevas tecnologías, conseguimos algo que hasta el presente no era posible, como es la "recepción y la emisión" en el mismo tiempo, "desde espacios dispares", de un hecho escénico, sin duda habremos dado un salto de gigante en la conformación espacial de las realizaciones teatrales, pero no tan espectacular como los avances propiciados por Wagner al apagar las luces de la sala o al introducir la orquesta en un foso bajo el escenario. Seamos lúcidos.

De cara al futuro, y estando como estamos inmersos en el huracán mutante de las telecomunicaciones, hemos de saber relativizar los parámetros del hecho escénico. Nada va a impedir que, en breve, una propuesta teatral pueda ser realizada desde diferentes espacios emisores y recibida por los espectadores en sus propias casas. Las posibilidades que ofrecen programas informáticos de *software,* como el *Life Forms,* ampliamente utilizado ya en danza, podrá facilitar incluso que, sobre una escenografía virtual, un grupo de actores, equipados con los sensores adecuados, puedan desde diversos estudios realizar una interpretación simultánea en un meticuloso montaje de cualquier obra chejoviana.

En el teatro del ciberespacio, salvados los problemas técnicos existentes en cualquier propuesta escénica sólo el tiempo, sólo la contemporaneidad nos va a preocupar. Somos conscientes de la dificultad que tendrá el competir, bajo la inmensa carpa global del imperio de los *mass media,* frente a las grandes multinacionales de la comunicación con un instrumento tan artesanal como el teatro. Pero ése es el reto. Las últimas cifras de la SGAE (nuestro Sociedad General de Autores y Editores) están ahí: sólo el 1,3% de los españoles va al tetro más de cinco veces al año, mientras que el tiempo que cada español está por término medio ante el televisor cada día es de 210 minutos, tres horas y media. Ésa es la obstinada realidad. Es decir, o nos decidimos a hacer teatro en el *infierno* de las redes, con muchas posibilidades de no morir en el intento, o haremos teatro para nosotros mismos en la más absurda de las endogamias. El *ciberespacio* nos espera.■

En breve nada impedirá que una propuesta teatral pueda ser realizada desde diferentes espacios emisores y recibida por los espectadores en sus propias casas.

Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada… **Puedes y debes hacerlo**

ASOCIACIÓN DE AUTORES DE TEATRO

Sección autónoma de la Asociación Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.º izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. http://www.aat.es